

# DESAFIANTE

EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO

Fugitiva  
Rebelde  
Legendaria



VENCEDORA II



LESLEY LIVINGSTON

RBA

LESLEY LIVINGSTON

# DESAFIANTE

A decorative flourish consisting of three stylized, symmetrical scroll-like elements that curve upwards and outwards from a central point.

Traducción de Martina Garcia Serra

**RBA**

# I

Cleopatra, reina de Egipto, estaba aburrida.

De modo que ahí estaba yo, colgando de la regala de una galera, maldiciendo a voz en grito, instantes antes de que mi embarcación fuera embestida de nuevo por un barco enemigo y me echara a las olas, brillantes bajo la luz del sol, que teníamos debajo. Así, pensé, no era como se suponía que tenía que ir la campaña. De mis compañeras de tripulación y de mí —todas estudiantes del Ludo Aquilea, la academia dedicada al entrenamiento de gladiadoras más destacada de toda la República de Roma— se esperaba que saliéramos victoriosas de esto, de la primera contienda náutica de nuestras vidas.

En lugar de eso, las chicas de nuestra academia rival, el Ludo Amazona, nos estaban echando a las olas del Lago Sabatino.

—¡Fallon!

Alcé la mirada como pude para ver quién me llamaba.

Era Elka: a menudo la primera en darse cuenta de que me había metido en problemas. Le habría respondido, pero estaba demasiado ocupada intentando no soltar la regala ni

la mano de Leander, un esclavo de la cocina del ludo, cuya vida me afanaba por salvar.

Leander no sabía nadar; lo había dejado meridianamente claro, incluso en el fragor de la batalla. De modo que era un poco un misterio cómo había podido acabar dando vueltas por el agua en medio de nuestro simulacro de mar de batalla, un espectáculo escenificado a petición de la reina de Egipto.

El espectáculo en sí era menos misterioso.

Cayo Julio César, cónsul de Roma, general legendario, propietario del Ludo Aquilea y amante de Cleopatra, se había ido de Roma durante buena parte del año por otra campaña militar. Cleopatra, instalada con toda comodidad en la finca de César situada en la orilla occidental del río Tíber —pero expresamente rechazada en el interior de las murallas de Roma—, no sabía qué hacer con tanta agitación.

De modo que había recogido a su séquito y se había dirigido al norte, hacia la Via Clodia, a una villa privada situada al abrigo de las orillas del Lago Sabatino, donde su agitación podía al menos disfrutar de un cambio de decorado. Y de la compañía de su querida amiga: mi hermana Sorcha. O, como era conocida en Roma, Lady Aquilea, la que fuera gladiadora campeona y actual lanista del Ludo Aquilea.

Una mañana, no mucho después de que Cleopatra se hubiera convertido en algo parecido a un elemento exótico fijo en la región del lago, Sorcha me había arrastrado con ella a una audiencia a petición de la reina.

—Sin duda, ¡estoy languideciendo de tedio! —había exclamado Cleopatra ese día, mientras comía pavo real asado

y ostras crudas servidas en la cubierta de su barcaza de recreo—. Quiero una celebración. Un triunfo de los nuestros para conmemorar la nueva propiedad de tu ludo...

Yo dirigí una mirada furtiva a Sorcha para ver cómo reaccionaba ante la sugerencia de Cleopatra; sin embargo, mi hermana se limitó a asentir y a dar un sorbo del cáliz con calma.

—Inminente nueva propiedad, Su Alteza —repuso—. En cuanto reciba los papeles de César...

—¡Bah! —la silenció Cleopatra con un ademán—. Están al llegar, no me cabe duda. Y entonces tú también serás reina de tu propio dominio, querida. —Hizo una pausa para escoger una tarta de miel de la bandeja; estaban espolvoreadas con motas de oro y brillaban bajo la luz del sol—. Los hombres no deberían ser los únicos en esta miserable República que pueden organizar un espectáculo para elogiar sus logros —continuó Cleopatra—. Y tú, mi querida Sorcha, estás más que realizada. Igual que tu extraordinaria hermana.

Entonces me dedicó una de sus seductoras sonrisas e hizo un ademán para que me llenaran la copa.

—Los optimates luchan contra los populares porque tienen miedo —sentenció—. Les da miedo el cambio, la innovación. Les da miedo César y les doy miedo yo. César es un dios entre los hombres y a mí no me da reparo recordárselo. Temen su poder y lo atraen a guerras lejanas de mi cama y compañía. Me irrita, perdonadme.

—No hay nada que perdonar, majestad —repuse.

—Por supuesto. —Soltó una risita y se lamió la miel y el polvo dorado de los dedos—. Tú, Fallon, entiendes mi agi-

tación. Fue poco amable por parte de mi señor arrastrar a tu joven y atractivo decurión con él hasta Hispania.

Sentí que se me enrojecían las mejillas ante la mención de Cayo Antonio Varro. Pero, en realidad, yo también me había sentido un poco irritada por su prolongada ausencia. Ignoré resueltamente la ceja que mi hermana había enarcado hacia mí.

—Dejémoslo. —La reina nos dedicó su astuta sonrisa—. Mientras nuestros chicos están fuera... demos una fiesta.

La idea que Cleopatra tenía de una «fiesta» había resultado ser organizar su propia versión reducida de uno de los espectáculos más absurdos de los Triunfos Cuádruples de César —un gran espectáculo de celebración repleto de actuaciones y desfiles en donde Roma se había desbocado con festines y juegos, combates y cacerías de fieras durante un mes entero—. César había ingeniado un espectáculo de cierre que había llamado naumaquia: una batalla marina real, representada en una vasija enorme cavada en las orillas del río Tíber, en la cual miles de hombres —cautivos apriisionados en las múltiples batallas de César— navegaban en buques de guerra reales. El enfrentamiento había sido encarnizado. Mortal. Y después de aquello, el río había bajado rojo por la sangre durante un día y una noche.

Por suerte, Cleopatra no estaba tan aburrida.

Se había contentado con unos juegos no letales de capturar la bandera, una competición escenificada por nuestro ludo y las gladiadoras de nuestro rival, el Ludo Amazona —«Invitaré a aquel odioso Tribuno de la Plebe para que nos deje a sus chicas para que luchéis contra ellas», había decidido la reina con una risita traviesa—, y solo dos barcos.

Uno de sus vecinos más ricos —propietario de una villa situada en la orilla opuesta del lago respecto al Ludo Aquilea— le había proporcionado una embarcación grande y pesada. Los esclavos de la reina habían vestido las embarcaciones para que parecieran versiones en miniatura de los buques de guerra de Roma y Cartago. Y nosotras tendríamos que representar una reconstrucción en vivo de la histórica batalla de Milas. Estuviera aquello donde estuviera. Fuera aquello lo que fuera.

—¡Fallon! —bramó Elka de nuevo—. ¡Para de hacer el tonto! Se supone que tenemos que ganar esta batalla...

Abrí la boca para gritarle que no estaba precisamente tomándome un descanso, pero Leander volvió a chillar, perdió agarre y se hundió en las aguas zafíreas que teníamos debajo.

Alcé los ojos al cielo y suspiré.

—¡Ahora vuelvo! —grité a Elka.

Luego solté la regala y me hundí también en el vacío hacia el impacto de las heladas olas que tenía debajo. La armadura que llevaba ese día, por suerte, era ligera y flexible —de cuero, no de bronce y hierro—, pero absorbió el agua igualmente y durante unos instantes de pánico pataleé, intentando no hundirme demasiado. Cuando salí a la superficie, jadeando, y me aparté el pelo de los ojos, pude ver a Leander agarrándose al aire, desesperado, a unos pocos metros de mí. Hacía mucho tiempo que no nadaba —no lo hacía desde que me convertí primero en esclava y luego en gladiadora—, pero crecí en las orillas del río Dwr, en mi hogar

de la Isla de los Poderosos, y había nadado como un pez desde que era una cría, casi desde antes de aprender a luchar.

—¡Estate quieto! —farfullé mientras pasaba un brazo por el torso de Leander—. Relájate, ¡te tengo!

Se dejó caer en mis brazos, más por el alivio, creo, que por ningún esfuerzo consciente de seguir mi orden, pero hizo las cosas algo más fáciles. En relativo poco tiempo me las arreglé para arrastrarlo de nuevo hasta el barco. Pegué un grito a mis compañeras gladiadoras y, después de un instante, Damya apareció en la regala y me miró sorprendida.

—¡Ahora no es momento de darse un chapuzón! —gritó.

—¡Eso díselo a él! —repuse con los dientes apretados mientras una ola me pasaba por encima y me dejaba los ojos ardiendo.

Se percibía un olor acre en el agua del lago y desvié la mirada hacia los despojos del esquife en que Leander había estado remando. El pequeño y frágil bote se había ensartado en la proa minuciosamente tallada de nuestra embarcación cuando lo habíamos investido. El chico transportaba un cargamento de libaciones, provenientes de las despensas del ludo, hacia la barcaza de Cleopatra, y había decidido abrir al remo un camino recto por el medio de la batalla. Ánforas de arcilla hechas añicos desparramaron un vino que tiñó el agua de rojo —como si fuera una parodia cómica del espectáculo de César— y unos pocos barriles de cerveza flotaron serenamente de vuelta a la orilla. En la barcaza de la reina se oían gritos de indignación mezclados con risotadas ante el contratiempo. A decir verdad, pensé, aquello sonó como si los que estaban de celebración ya hubieran tomado bastante por lo que llevábamos de tarde.



—¡Lanzadme una cuerda! —pedí a voz en grito.

Pasé la soga por el torso de Leander, bajo sus brazos, y esperé, flotando en el agua, hasta que Damya lo subió a la cubierta. Luego me volvió a lanzar la cuerda y me estiró a mí también; vi los músculos de sus brazos tensarse bajo los brazaletes de bronce que llevaba. En cuanto pasé una pierna por encima de la regala y reboté contra la cubierta como una trucha, un vitoreo desordenado emergió de la barcaza del otro lado del lago por mi heroico rescate. Me quedé ahí tumbada, jadeando y sintiéndome más ridícula que heroica.

Desde el aparejo, encaramada muy por encima de mi cabeza, Tanis nos informaba a voz en grito del posicionamiento de la bandera del otro barco, que no paraban de mover por la cubierta para mantenerla a salvo de nuestros intentos de abordar su embarcación y capturarla. Tanis era una prometedora joven arquera —había jurado sus votos la misma noche que Elka y yo—, pero había demostrado ser bastante inútil en un combate cuerpo a cuerpo, de modo que la mandamos al lugar estratégico más alto para que pudiera sacar partido de su aguda mirada.

Cada vez que los barcos llegaban a la altura del otro intercambiábamos luchadoras; algunas de nuestras chicas saltaban a su otro barco y a la inversa. Aunque las hojas que usábamos aquel día eran espadas de madera de entrenamiento, hubo accidentes. No solo accidentes. Todavía había mucha hostilidad entre los ludos Aquilea y Amazona. Durante los Triunfos de César, nuestras dos academias de gladiadoras se habían enfrentado en una inmensa batalla campal dedicada a conmemorar la conquista de Britania a manos de César, y se había derrama-

do sangre. Incluso se había matado. Todas hicimos enemigos aquel día.

Y el peor que hice yo originalmente había sido de mi propio ludo.

Una gladiadora llamada Nyx.

Nyx nunca fue amiga mía. Sin embargo, la vendieron a Poncio Aquila —el propietario del Ludo Amazona— después de que César me hubiera escogido a mí en lugar de a ella para representar el espíritu de Victoria. No fue algo que Nyx se tomara bien o a la ligera. Igual que tampoco lo fue el hecho de que, en medio del espectáculo, la superara —con un poco de ayuda de Elka y su leal lanza— en un duelo de aurigas.

Todo aquello fue más que suficiente para conseguir que Nyx me odiara.

Pero luego di un paso más.

Cuando César me quiso conceder la espada ceremonial de la libertad por mi actuación, le pedí que en lugar de a mí le otorgara la libertad a ella. Al hacerlo, privé a Nyx, a todos los efectos, de volver a tomar armas como gladiadora en la arena. Era lo peor que podría haberle hecho, en su opinión. Que yo hubiera tomado esa decisión para su propio bien era algo que jamás había podido decirle. A fin de cuentas, ella tampoco me habría escuchado.

No la volví a ver desde ese día.

Lo cual probablemente era una de las razones por las que yo todavía conservaba todas las extremidades en perfecto estado y funcionamiento. Nyx dejó atrás una panda de amigotas, pero, sin la malévola determinación de su cabecilla, eran poco más molestas que los tábanos. En el comedor

o en los baños, por así decirlo. En la arena todas éramos capaces —si no teníamos cuidado, y a veces aunque lo tuviéramos— de infligirnos un gran daño. Sin embargo, aquello era, por supuesto, más bien el objetivo. Al menos para nuestros espectadores y patronos.

Hacía mucho tiempo que me di cuenta de que la civilización romana era una ligera fachada. El espectáculo de nuestra «batalla naval» con la emoción del desafío de capturar la bandera era un entretenimiento para los invitados de la fiesta de Cleopatra, sin duda, y nosotras dábamos un buen espectáculo. Sin embargo, era la excitación por el peligro real lo que aceleraba los corazones romanos. La idea de que nosotras estábamos dispuestas —y éramos capaces— de herir y matar por la diversión de la muchedumbre. Aunque estuvieran cubiertos de joyas y mantos de seda, y bebieran vino y comieran ostras, eso era lo que los hombres y las mujeres de aquella barcaza dorada eran realmente: una turba sedienta de sangre.

«Siendo así —pensé—, más vale volver a la pelea y dejar de malgastar el tiempo rescatando pinches de cocina en lugar de satisfacer esa sed».

Me erguí y vi a Leander todavía tumbado en la cubierta, medio incorporado sobre un codo, sonriéndome abiertamente.

—Gracias, *domina* —me dijo, enseñando todos los dientes en una sonrisa—. Gracias por mi vida.

Puse los ojos en blanco y solté un gruñido al levantarme. A diferencia de los otros chicos de la cocina, Leander era más que solo un esclavo. Era un astuto encantador, que siempre intentaba ligar con una gladiadora u otra, lo que le

había metido en problemas —y le había costado diez latigazos— cuando una noche Nyx sacó partido de los flirteos del chico para escapar de la residencia del ludo en la ciudad de Roma. Todo para servir al intento de acabar con mi carrera de gladiadora, y quizás incluso con mi vida. Sin embargo, Nyx había fracasado y yo no guardaba ningún rencor hacia Leander.

Solo una irritación creciente en ese momento, porque el chico estaba todo el rato en medio.

El barco escoró en un giro cerrado justo cuando se ponía en pie, perdió el equilibrio y se cayó encima de mí —lo que casi me mandó de nuevo por encima de la regala.

—¡Siéntate! —ladré, cogiéndolo por los hombros y metiéndolo con firmeza en un enmarañado de cuerdas—. Nos estamos preparando para otro ataque...

—No tengo miedo. —Su sonrisa jamás vacilaba.

Durante un instante contemplé la posibilidad de darle un repaso.

—Quédate aquí y quédate escondido —espeté—. O conseguirás que maten a alguien; a mí, probablemente.

—¡Fallon! —gritó Ajani desde proa—. ¡Deja a ese miserable lavaplatos en paz! Nos volvemos a acercar al otro barco. Rápido.

Me giré y avancé por la cubierta húmeda y resbaladiza. Ajani me dio encuentro a medio camino y anduvo a mi lado. En una situación normal habría llevado su arco en la mano y su carcaj de flechas colgado a la espalda, pero en este caso llevaba una espada corta de madera —como todas nosotras— en una mano y un látigo de estilo egipcio en la otra. Parecía que se había acostumbrado muy bien a

esa nueva arma con látigos de cuero anudado. No cabía ninguna duda de que más de una o dos de las chicas amazonas abandonarían la batalla con unos cuantos cardenales enrojecidos en piernas y brazos.

—Esta vez intentaremos acercarnos lo suficiente para intentar un abordaje en condiciones —me informó Ajani.

Muy por encima de nosotras, Tanis anunciaba a voces todos los movimientos del otro barco y la posición de sus luchadoras. En ese momento llevábamos ventaja... hasta que una de las chicas amazonas decidió ponerle fin y lanzó una daga a nuestra vigía. Vi la hoja girando por los aires y solté un grito de enojo. El sol destellando contra la hoja significaba que era real —no de madera— y, por tanto, expresamente contra las reglas del combate.

Por suerte, Tanis la vio venir.

Por desgracia, se apartó de en medio como si no estuviera encaramada a casi diez metros de la cubierta. Escuché su grito mientras caía de espaldas hacia el vacío.

—¡Tanis! —bramé. Ella chilló de nuevo cuando una de las cuerdas del aparejo se le enmarañó en una pierna, le apretó el tobillo en un enredo y le dio una brusca sacudida a unos tres metros de la cubierta. La chica se quedó colgando del revés como un pedazo de carne en una carnicería, aullando de dolor.

Un rugido de emoción emergió de la barcaza de la reina. Nuestro barco se había puesto al lado de la embarcación amazona y ya habían dispuesto las planchas de madera para el abordaje.

—Ajani, ¡ve! —ladré—. Ayuda a Elka y a las demás, yo rescataré a Tanis.

—¿Rescatarla? ¿Cómo? ¡Está demasiado arriba!

—Cortaré la cuerda para bajarla —expliqué—. Antes de que la cuerda le corte el pie a ella. ¡Ve!

Corrí de nuevo hacia el único mástil del barco, que se alzaba en el centro de la cubierta. El cuchillo arrojadizo yacía a unos pocos pasos y lo recogí. La hoja estaba afilada, y gruñí al pensar en quien fuera que la había lanzado. Sin embargo, al menos podría usarla para mi propio bien; las otras únicas armas que llevaba eran de madera. Me metí el cuchillo en el cinto, alargué la mano para asir la escalerilla de cuerdas que llevaba hasta el penol y empecé a subir.

Justo debajo del penol, en el sotavento de la vela que ondeaba, me detuve para recuperar el resuello y miré hacia abajo para ver que esta vez nuestro intento de abordaje había sido un éxito. La cubierta del barco amazona estaba llena, hombro a hombro, de parejas de contendientes. Las dos embarcaciones estaban unidas la una a la otra con ganchos, e incluso el grupo de galeotes que remaba en el barco por nosotras habían abandonado sus puestos y se habían unido a las gladiadoras para atacar alegremente a sus contendientes como parte de toda la ridícula pantomima.

La cubierta del barco aquilea estaba desierta.

A excepción de Leander, que tenía un hacha y estaba atareado embistiendo el mástil del barco como si fuera un poderoso roble de los bosques de mi hogar, de los que usábamos para alimentar el gran fuego.

—Por Hades, ¿se puede saber qué haces, lunático? —grité desde el lugar del mismo mástil donde estaba encaramada.

Una pregunta tonta. Lo que estaba haciendo era evidente. Pero durante un instante no podía creer lo que veían mis

ojos. Aunque fuera un esclavo de la cocina, había visto a Leander día tras día en el pequeño patio que había al lado de los establos cortando leña para que los cocineros pudieran alimentar al pequeño ejército de gladiadoras que vivía en el ludo. Sus brazos tostados por el sol estaban tensos por los largos músculos y se le daba muy bien talar.

Sencillamente, no entendía por qué estaba cortando nuestro mástil.

El palo se sacudía con cada mordisco de la hoja y la cubierta se estaba llenando de trozos y astillas de madera. Yo sabía que todos los barcos tenían hachas en sus cubiertas para usar en caso de que el mástil se estropeará en una tormenta y se tuviera que cortar —igual que sabía cómo Leander se había acercado a eso—, pero sin duda aquel no era el caso.

Otro rugido emergió de la barcaza de Cleopatra y me dio la respuesta. Un grupo de invitados estaba de pie en la regala, urgiendo como locos a Leander para que siguiera atesando golpes con el hacha y agitando frenéticamente bolsas de apuestas. Alguien, sospeché, había sobornado a Leander para equilibrar las posibilidades a favor del bando amazona.

Yo apenas podía creer que él hubiera pensado que unas pocas monedas merecían el infierno que pensaba desatar sobre él cuando pudiera ponerle las manos encima. En ese momento, sin embargo, yo no podía hacer más que esperar que el mástil aguantara los embates de Leander lo bastante para que yo tuviera tiempo de rescatar a Tanis.

Me coloqué con cuidado por encima del penol, disponiendo los pies en los estribos con tanto cuidado como me permitía la prisa. Pude ver que, debajo de mí, el rostro de Tanis se había

vuelto casi púrpura. Igual que su pie izquierdo, dado que la soga se hundía en su piel. Después de lo que pareció una eternidad, alcancé la cuerda donde la soga se había enredado con el aparejo y, desesperada, empecé a cortar sus fibras. El sudor me corría a mares por el rostro y la espalda, hacia los ojos, y por entre los dedos, lo que hacía que el cuchillo se me resbalara.

El mástil empezaba a balancearse peligrosamente.

Me detuve un instante para sacar mis espadas de madera de sus vainas y las arrojé hacia la cabeza de Leander. La segunda espada rebotó contra su oreja y él soltó un alarido y dejó caer el hacha, que salió disparada por la cubierta. El pinche corrió hacia ella al tiempo que me insultaba. Otro coro de gritos —la mitad vítores y la mitad abucheos— resonó desde la turba de la barcaza mientras yo volvía a trabajar febrilmente con la cuerda.

—¡Tanis! —grité—. ¡Prepárate!

Se retorció y contorsionó, y clavó en mí unos ojos colmados de terror. La distancia de la caída no la mataría. A no ser que cayera de cabeza o se rompiera el cuello... Aparté esos pensamientos de mi mente: si no la soltaba —y pronto—, el mástil a punto de caer probablemente la mataría de todos modos.

La última hebra de cuerda finalmente se rompió y observé cómo la chica se cubría la cabeza con los brazos y se inclinaba hacia delante mientras caía. Hice una mueca al verla aterrizar de un golpe sordo contra la cubierta, pero un momento más tarde rodó y se incorporó sobre manos y rodillas. Estaba bien.

Ahora era yo la que estaba en apuros. Muy por debajo,



pude ver que algunas luchadoras habían vuelto a nuestro barco, pero en el fragor de la batalla todas mis amigas estaban más que ocupadísimas para reparar en mi aprieto.

Todo el aparejo se estaba volviendo peligrosamente inestable con cada arremetida. Leander era de lo más diligente, pero por suerte el hacha que blandía era un trasto viejo, y justo eso me dio la oportunidad de hacer algo increíblemente estúpido. La vela que tenía debajo se rompió y el penol se inclinó entre tambaleos. No tenía tiempo de volver a la escalera y bajarme, y si me caía cuando el mástil se viniera abajo lo más probable era que chocara contra la cubierta y me rompiera todos los huesos. Mis opciones eran muy limitadas.

El penol se tambaleó y un extremo salió despedido hacia el agua...

Lo más rápido que pude, me desbroché un lateral de mi coraza y la lancé a cubierta, de nuevo esquivando por poco a Leander y haciéndolo retroceder. Luego me levanté con dificultad y me puse en cuclillas sobre el penol. La viga de madera era recta y casi tan ancha como la barra plana que une los caballos en un carro, quizás algo más larga...

El acto singular que me había hecho famosa en la arena era una maniobra llamada el Vuelo de Morrigan; consistía en correr toda la distancia de la barra plana del yugo entre dos corceles al galope, mantener el equilibrio y retroceder...

Podía hacerlo.

El aparejo dio una sacudida y empezó a caer en picado hacia el otro barco.

Oí los gritos de pánico de las chicas que había debajo en cuanto lo vieron caer.

Y yo corrí.

Como una acróbata, los brazos estirados, los pies agarrándose a la madera a cada paso fugaz, aguanté la respiración y recorrí el palo entero y —cuando el mástil finalmente cedió— salté hacia el agua en un salto de ángel, igual como antaño lo hacía en casa, desde los acantilados que había sobre el río Dwr. En un momento, el mundo pasó de ser un rayo de luz brillante a una oscuridad helada en cuanto toqué el agua al zambullirme.

Cuando volví a emerger, escupiendo, vi la regala llena de combatientes aquileas, todas con la mirada clavada en mí, absolutamente asombradas.

—En nombre de Hel, ¿qué demonios intentaba demostrar aquel lunático? —gritó Elka por encima de los rugidos de los espectadores, gesticulando ante el caos causado por el mástil caído.

—¡Da igual! —le chillé—. ¡Coged su bandera!

Podía ver cómo la bandera de las amazonas había quedado olvidada en la proa del otro barco cuando las gladiadoras habían huido.

—¡La bandera!

Quizás fui algo resuelta en mi deseo de ganar, pero de pronto me sentía terriblemente motivada para desbaratar las ambiciones de quien fuera que había dado a Leander una bolsa de monedas. Elka me miró como si me hubiera vuelto loca, pero giró sobre sus talones y echó a correr hacia la bandera antes de que el equipo amazona pudiera darse cuenta de lo que hacía. Salvó el espacio entre embarcaciones y gritó a Meriel mientras recogía la bandera del poste y la arrojaba como si fuera su lanza, en dirección a nuestro

bando, para que Meriel pudiera atraparla. Gritos de enojo y chillidos de satisfacción emergieron de la barcaza de la reina de Egipto mientras yo subía por la escalera de cuerdas que me habían lanzado y me dirigía tambaleando hacia donde todavía yacía Tanis, echada en la cubierta.

—Vamos —le dije, y alargué una mano para ayudarla a ponerse en pie.

Cojeó agarrada a mí hacia la proa de nuestro barco y, justo delante del séquito de élite que había al otro lado del lago, juntas levantamos los puños en señal de triunfo. Una cacofonía de vítores corrió como un relámpago por el agua y me sentí algo ridícula, aunque mi pecho subía y bajaba con esfuerzo y sentía cómo no podía parar de reír como una loca. Habíamos estado actuando, no luchando. Aquello no era lo que significaba ser una guerrera. No era por lo que yo había cambiado mi libertad.

Y sin embargo era... algo. Algo casi un poco extraordinario. Era divertido.

**EXCLUSIVA  
PRIMER CAPÍTULO**

**«Sé valiente, gladiadora. Y precavida.  
Cuando te ganes el amor del César, también  
te harás con el odio de sus enemigos».**

Fallon no hizo caso cuando se lo advirtieron, y ahora le toca sufrir las consecuencias de haberse ganado el cariño de los romanos por ser la gladiadora favorita del César. Aunque creía haber conseguido su libertad, Fallon pronto descubre que quedarse tiene un precio.

Cuando las chicas de una academia rival causan problemas a sus hermanas guerreras, las gladiadoras de Ludus Achillea se ven obligadas a huir. En su viaje encontrarán una tribu de aguerridas amazonas que podrían ayudarlas... O acabar con ellas.

**AMADA POR EL IMPERIO ROMANO,  
ODIADA POR EL RESTO DEL MUNDO.**



[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

**RBA MOLINO**